

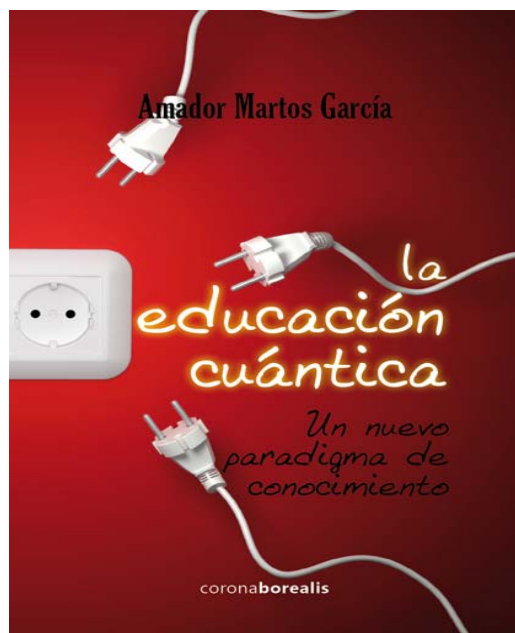
La innegable certeza de lo incierto

CONCURSO DE FILOSOFIA: LA EDUCACIÓN CUÁNTICA

TRABAJO-RESUMEN

sobre la obra de

AMADOR MARTOS GARCÍA



Autor: **JOAQUIN GARCIA SANCHEZ**

Edad: **43 años**

Nivel de Estudios: **Diplomado en Relaciones Laborales**

Trabajo actual: **Administración de empresas**

Localidad: **Mairena del Aljarafe**

Provincia: **Sevilla**

Nacionalidad: **España**

Correo: joaquiringarsan@hotmail.com



1. Introdutoria

Para mi sorpresa, tras mucho leer y documentarme al respecto, resulta que el azar, en su concepción de fenómeno aleatorio y casual, es una realidad exclusiva de la dimensión cuántica. En la concepción de la física clásica, que es la que compone la dimensión y el entorno natural del ser humano, es simplemente una cuestión de falta de conocimiento, de ignorancia sobre los elementos necesarios que determinan las probabilidades posibles. Conociendo los datos precisos de cuanto factores inciden en un suceso, se puede predecir de qué cara quedará una moneda lanzada al aire, qué número saldrá en la ruleta de un casino, o que combinación de números nos darán los dados tirados.

Y aunque Albert Einstein, de manera tan rotunda como lacónica, sentenció con su famosa "*Dios no juega a los dados*" que el azar tenía idéntica causa en ambas dimensiones, parece ser que el tiempo ha quitado la razón



a la figura más icónica y popular de la ciencia, dándole la razón a John Bell y su teoría sobre la existencia del azar casual en el entorno cuántico. Un grupo de científicos internacionales logró, mediante un proceso de mecánica cuántica, obtener una sucesión de auténticos números aleatorios. Nada que ver con esos mal llamados números aleatorios que en realidad resultan de infinitas combinaciones que mediante patrones más o menos complejos se obtienen en nuestro mundo de la física clásica. Números que resultan de un factor de probabilidad impredecible, y que desde el universo de lo cuántico pueden utilizarse en nuestra dimensión de la física clásica, fulminando la concepción unitaria de Einstein para el fenómeno del azar.

Todo esto me ha quedado bastante claro... Pero lo que no consigo tener tan claro es a qué concepción del azar debo atribuir el que finalmente participe en este concurso.

Porque conocí de la existencia de *La educación cuántica* por puro azar (*cuántico o físico*), mientras buscaba en la web por la que suelo comprarme libros de todo género, algún posible ensayo sobre la dinámica social a la que la corriente económica y política actual nos conduce. El fin de mi búsqueda no era otro que cumplir con mi habitual



ejercicio de raciocinio, al que cada cierto tiempo me consagro con las obras propias de este género literario. Una afición que arrastro desde mis tiempos de instituto, desde que de la letra de Fernando Savater comprendí con su *Política para Amador* que el género del ensayo podía alimentarme intelectualmente, sin sufrir el amargo trance de aburrirme soberanamente ante las letanías de tecnicismo desconocidos para los inexpertos en la materia tratada, o perderme entre las enrevesadas divagaciones incomprensibles para mentes mediocres y no doctas en análisis metódicos y existenciales sobre la profunda gravedad de cuanto le rodea. Cuando leí a continuación su *Ética para Amador*, confirmé la necesidad inexcusable de engrosar a mi devota afición de la lectura el género del ensayo, para el aporte intelectual necesario y básico con el que conseguir la mera comprensión y razonamiento del sentido de mi existencia a través de todo lo que me rodea. Desde entonces leo ensayos. Y desde la lectura ya lejana de los maestros helénicos precursores y pilares básicos del género, y el debido respeto a la lectura obligada por su consagrada enjundia filosófica de otras obras inmortales siguientes en el transcurso de la historia, mantengo esa afición del raciocinio esporádico, leyendo aquellos ensayos cuya materia filosófica, social, o económica, considero interesante para mi humilde intelectualidad.

Vade retro comercial, no obstante, rehúyo de cualquiera de esas obras que se publican únicamente bajo el fin del tirón comercial a tenor de una circunstancia en boga, con título banal pero impactante, y cuyos contenidos se atiborran de un batiburrillo de disquisiciones superfluas y evidentes, aderezadas con gráficas e ilustraciones casi que infantiles. Esas, que por poner un ejemplo, se publican últimamente como ristras de chorizos, divagando a crisis pasada sobre los fallos y consecuencias de la voraz economía que nos devora. ¡A buenas horas vienen a explicar lo que ya se sufre! E igualmente rehúyo de las obras científico-técnicas cuya especificidad argumental soporiza la lectura al profano en la materia, y que por experiencia constato condenan a una lectura eterna y tediosa entre el pasar de unas hojas que confunden el pesado calado de la materia que analizan, con el subliminal deseo del autor por demostrar, no lo que sabe, sino cuanto sabe. Yo simplemente pido a un ensayo que me haga partícipe de lo que expone, con la simpleza consagrada del que está tan convencido de lo que dice, que transmite fácilmente sus ideas sin perderse en la pretenciosa demostración de sus conocimientos curriculares.

Y *La educación cuántica* lo consigue.

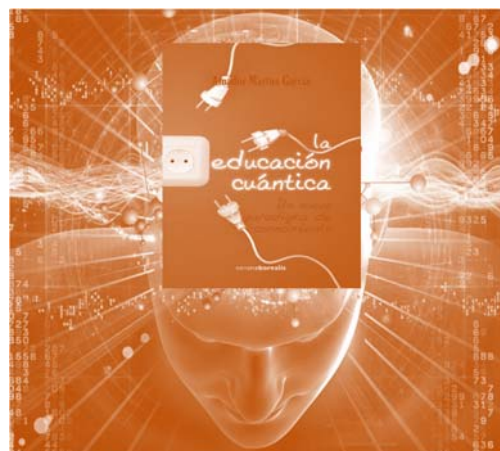


Cuando apareció ante mí su título, tan simple en apariencia pero tan complejo en esencia, estuve tentado de desecharlo inmediatamente al considerar prejuiciosamente que su carga científica superaría mis posibilidades comprensivas.

Pero contradicción de contradicciones, precisamente la propia complejidad latente en su título me sedujo lo suficiente como para leerme la sinopsis disponible en la web. Tenía claro, (*y sigo teniéndolo*), que la educación es el indiscutible pilar básico por el que se constituye la sociedad actual, y era consciente, (*y sigo siéndolo*), del declive que el sistema educativo afronta sin capacidad de reacción para adaptarse y salir a flote de esa incapacidad manifiesta en la que se sumerge más y más según avanzamos. La sinopsis me hizo entender que sin duda se trataba de una obra compleja, de un tratado epistemológico que transcurría por las verdades y valores universales de la filosofía perenne y el racionalismo espiritual, ahondando en un posible vínculo entre la incierta dimensión de las partículas subatómicas y la etérea e insondable conciencia del ser humano. ¡Casi nada! Ya tenía motivos suficientes como para seguir mi búsqueda y olvidarme de esta obra.

Sin embargo, abrí otra pestaña de mi navegador y busqué en otras webs algo más de información al respecto, encontrando otras sinopsis más amplias, e incluso algunos comentarios publicados al respecto en foros filosóficos y metafísicos. Al parecer, el autor llegaba a servirse en su obra de planteamientos filosóficos tan fundamentales como el mito de la caverna o el argumento cartesiano por antonomasia del *pienso luego existo*, para plasmar la urgente necesidad de reconducir esa dimensión espiritual y trascendental de la naturaleza humana que es la conciencia a través de una educación cuántica.

Definitivamente la obra se me mostraba demasiado compleja, aunando temáticas para mí nada atractivas como la cuántica y la espiritualidad más mística, con un título que planteaba sin reparo la propuesta a mutualizar algo de tan obligada accesibilidad como la educación, con la compleja especificidad del microcosmos subatómico.





Pero me había llegado a interesar lo suficiente por ella, como para comprender que realmente me apetecía abrir una ventana para airear la hermética estancia de mis arraigadas concepciones, confirmándolas o renovándolas al nuevo clima. Deseaba además, saciar mi curiosidad por conocer la inesperada propuesta con la que se podría conseguir la tan necesaria renovación en la maltrecha educación vigente, retomando su motivación y la utilidad perdida. Así que no perdí más tiempo entre dudas, y cliqué para aceptar su compra.

Durante los días de espera hasta la entrega, me mantuve indagando curioso sobre el para mi hasta ese momento ignoto universo cuántico, convencido de que era menester cierta base cultural al respecto antes de afrontar su lectura. Documentales varios sobre la connivencia entre la física cuántica y el conocimiento oriental, capítulos concretos del programa *Redes* sobre la cuántica como ciencia innovadora, y tratados específicos sobre la crisis en la educación disponibles en la red, me ayudaron a abrir mi perspectiva hacia el libro esperado.

Cuando *La educación cuántica* estuvo en mis manos, con la inquietud del que afronta algo para lo que lleva tiempo preparándose, y ávido por conocer cómo podía el autor siquiera plantearse la existencia de una propuesta educativa desde la complejidad cuántica, comencé su lectura ansioso por conocer el resultado de un proyecto capaz de postular por mancomunar la educación con lo cuántico.

2. Interpretación y divagaciones

Me quedo con la conclusión de que esta obra no es sino el alegato necesario para despertar las conciencias alienadas, la invitación crítica a tomar consciencia real de la realidad que nos asola, e intentar afrontarla con el mayor acierto posible, evitando así caer en la fácil interpretación de que se trata de una obra con una carga de pesimismo schopenhaueriano, (*por las evidentes conexiones filosóficas que mantienen*), de mensaje casi apocalíptico y moraleja desoladora.

Amador Martos plantea una muy crítica exposición sobre la necesidad de que el ser humano acepte y se replantee la crisis moral que le atenaza, más importante y preocupante que la económica o política de la que es tan consciente, y demanda la superación de ese dualismo antagónico del “yo” contra el mundo en el que se desenvuelve su existencia, imbuido por un sistema capitalista y amoral que promueve la



competitividad y el individualismo por encima de la educación socializadora y espiritual. Advierte que su propuesta de renovar el ámbito de la educación supone romper con el subliminal adoctrinamiento dictado por esas falsas democracias que enmascaran la oculta plutocracia dueña de los sistemas políticos, económicos y sociales, y por su dependencia a estos sistemas, también del sistema educativo, moldeado a su antojo y conveniencia para conseguir mantener a la mansa muchedumbre en la oscura caverna de la ignorancia y de la desmemoria, sujetos por la convicción insolidaria de su egoísmo individualista. Un colapso social, mental y espiritual, que precisa de una revisión urgente y profunda en su erudición filosófica, alejándola de esa atención centralizada en el objeto para atender a la conciencia humana desde la rehabilitación de la filosofía perenne, la investigación empírica, y las teorías transpersonales, con las que se confirma la interacción de la conciencia humana con el Universo. El conflicto existencial motivado por el pragmatismo utilitarista del capitalismo imperante, combatido mediante la innovación de una educación ajena a la férrea convicción de esa filosofía que postula que la materia es todo lo que existe, (*ya desmentida por los descubrimientos con los que la neurociencia ha acreditado que el mundo material únicamente encuentra su existencia mediante la percepción mental*), retomando la concepción del mundo de las ideas de Platón y la ilusión de nuestros sentidos según Buda, conduce inexorablemente a la realidad de la filosofía cuántica.

Resulta innegable que nos encontramos actualmente sumidos en ese concepto de existencia individual y amoral que Ortega y Gasset ya definió en su obra *La rebelión de las masas* como *hombre masa*. Somos incapaces de asumir la conciencia de una realidad descompensada respecto a nuestra evolución individual, por la veloz dinámica evolutiva que se sucede a gran velocidad en nuestro entorno, tanto a tenor de los avances científicos y tecnológicos, como por la interdependencia cultural y social de una más que heterogénea sociedad mundializada. Una evolución asentada en el materialismo económico con el que la humanidad alienada ha ido cada vez más centrándose en el afán de riqueza material, enterrando bajo este peregrino deseo su interés cultural, la ética de sus ideales, y la moral de su conciencia. El afán de enriquecimiento ha empobrecido la

"No es que el hombre-masa menosprecie una anticuada (moral) en beneficio de otra emergente, sino que el centro de su régimen vital consiste precisamente en la aspiración a vivir sin supeditarse a moral ninguna"

La rebelión de las masas

José Ortega y Gasset



conciencia moral del individuo. Las cantidades ingentes de dinero que se barajan entre los más poderosos no responden ya al sentido común de aspirar a una riqueza que permita una vida confortable y despreocupada, sino que responden a la ambición desmedida de conseguir fortunas imposibles de gastar únicamente como tarjeta de presentación que les satisfaga su ansia por alcanzar la cima de la élite social. Y para llegar hasta la cúspide de esa cota de avaricia socialmente aceptada e instaurada, hay que ascender pisando con fuerza los débiles y resbaladizos peldaños de la corrupción, la delincuencia, y la falta de humanidad, perdido el vértigo al mirar hacia abajo sabiendo cómo se ha subido hasta esa altura.

La inercia por la que el ser humano se ve arrastrado a la misma velocidad a la que progresa su entorno, le impide concebir las consecuencias presentes y futuras de la falta de ética y moral con la que habita en un entorno en el que ya no prima siquiera el interés particular, sino la ambición desmedida e insolidaria. La amplitud de posibilidades a las que tiene cada vez más fácil acceso, anula su capacidad para definir el rumbo al que su consciencia le debería guiar, y se limitan a existir sin aportar nada de su concepción individual a su entorno. La principal culpa de que sea incapaz de aprovechar su enorme potencial, radica en la educación desfasada e insuficiente que se le brinda, que le permite una cultura tan básica que le incapacita para formar parte de sociedades cada vez más complejas y sensibles. E innegablemente, las decisiones y actuaciones individuales configuran la circunstancia colectiva de toda una sociedad, que únicamente aspira al ocio y la riqueza de la vida privilegiada, a la que ya no atribuyen la cuestión de suerte en la vida, sino un derecho fácilmente alcanzable, consagrándose a ello como algo natural y espontáneo. Esta fijación por la vida cómoda y sin esfuerzo, les impide ver que con su infantil deseo se impiden alcanzar la madurez de sus vidas, y manejados por los invisibles hilos titiriteros con los que los poderes fácticos y oligárquicos manejan a una sociedad incapaz de percibir el verdadero potencial holístico de su esencia, se diluyen en una existencia inexistente.

Es esta la concepción de sociedad instaurada a tenor del capitalismo voraz del corto plazo y coste cero. Porque hemos pasado de ese capitalismo del medio o largo plazo, a un capitalismo de inmediatez antropófaga (*eufemísticamente denominado neoliberalismo*), donde la búsqueda del mayor y más inmediato beneficio ha amparado



transacciones económicas virtuales que en cuestión de minutos generan grandes fortunas sin necesidad de inversión ni de dinero real, es decir, sin esfuerzo, y a que bancos concediesen préstamos a sus clientes sin preocuparse de sus posibilidades de reintegro, porque mientras los concedían los refinanciaban en paquetes que cotizaban como valores para otros bancos. Es la codicia desmedida que envilece la libertad de conciencia individual, enterrada la perspectiva ética y moral bajo las múltiples posibilidades del fácil enriquecimiento, y abstraída por la manipulación subliminal de la información y formación que se le transmite, tal y como Walter Lippmann, exponía en

“ Donde todos piensan igual
nadie piensa mucho. ”

Walter Lippmann

su obra *La opinión pública*, donde planteaba cómo las personas pueden concebir la realidad de su entorno mediante la información que se les brinde. Esto conlleva que estas ideas distorsionadas sobre la realidad generan un pseudoentorno que se intercala entre ellos y su entorno real, afectando a sus comportamientos y llevándoles a actuar según las conclusiones de sus pensamientos, pero cuyos actos no se suceden en ese pseudoentorno, sino en el entorno real. Sin ahondar más por mi parte en este aspecto de la obra, que queda citado para los efectos posteriores, Lippman amplía su discurso en la obra con una crítica al sistema democrático, que hace creerse libres a los sujetos que la sustenta, y a lo que él propone la necesidad de que las personas sean conscientes de las carencias e intenten incrementar su capacidad de conocimiento, desconfiando de quienes pretendan manipular su inteligencia. La obra, escrita en 1922, está enfocada plenamente a la perspectiva de los medios de información y su influencia en la opinión pública, pero es tan vigente en la actualidad como válidas sus concepciones para la educación. Y *La educación cuántica* respira de ese mismo aire de inmortalidad argumental en su severa exposición sobre la falsa educación.

Más complejo es, sin embargo, afrontar el mismo conflicto desde la perspectiva mística del ser humano. La culpa con la que la espiritualidad abducida por religiones marchitas y nada ejemplarizantes somete a la racionalidad humana y a su materialismo científico a una degradación que incapacita su posible conciencia social, mental y espiritual. Amador Martos reflexiona sobre las religiones mayoritarias sin reparo ni tapujos, y analiza desde estas circunstancias la evolución de la conciencia, tanto colectiva como individual, y el pensamiento, como causa, efecto, y deriva, para conocerse y ser consciente de la auténtica realidad en la que cada ser humano se



desenvuelve, sirviéndose con ello de la distinción entre el planteamiento clásico de la dualidad sujeto–objeto y el racionalismo pragmático, y la innovadora dualidad místico-científica que aporta un racionalismo espiritual acorde a los postulados de la filosofía perenne, denostando esa consideración de superioridad científica que denomina a este nuevo modelo como "*misticismo cuántico*", significando con desdén la relación innegable del misticismo oriental con la física cuántica.

Sumidos por las circunstancias que nos ha tocado vivir, debemos sin duda despertar de este letargo materialista, y con ello retomaremos esa conciencia mística desechada. Porque las religiones son en su esencia bondadosa. No existen las religiones malvadas, sino los devotos perversos. La fe es un producto de las creencias, que a su vez no son sino un producto de las convicciones sociales, a las que cada individuo es voluble en mayor o menor medida, imbuyéndose en ellas conforme a lo que su propia condición individual le predisponga, y que será siempre la que marque su fe. El devoto convencido puede convertirse en escéptico acérrimo, y en sentido contrario, el escéptico acérrimo entregarse con devoción a la fe religiosa, con tan sólo un instante en el que experimente un suceso en su vida que le haga replantearse el acierto de su férrea convicción. Nuestra esencia espiritual es inherente a nuestra existencia, pudiendo yacer subyugada, anidando en la oscuridad del rechazo de la lógica, o a flor de piel, visible en el convencimiento de su certeza indemostrable. Y sobreviviría a cuantos envites externos de argumentaciones y racionalidad la sometamos, tan sólo hasta que nosotros mismos deseemos.

"Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo"

François Marie Arouet (*Voltaire*)

Porque la condición mística e irreflexiva del ser humano es innata, es crédulo por comodidad, por su innata predisposición a la consecución de un objetivo por la vía más fácil e inmediata, y que no se limita únicamente a lo económico. Hubo un momento en el surgir del ser humano, en el que presenciando un suceso inexplicable a su razonamiento, dedujo que se debía a los poderes sobrehumanos de una entidad mística y divina. Entidad, que desde lo etéreo e invisible, gobernaba la realidad de los seres humanos: su existencia. Desde ese momento, en el que consideró que la existencia humana se debía a su gracia y antojo, contrajo el vínculo de devoción y pleitesía que aún hoy mantenemos. Una devoción y pleitesía de lo más digna, evolucionada pareja al razonamiento y discernimiento de la vida que hoy disfruta el ser humano, aunque moldeada lentamente desde lo oscuro y salvaje del terror de la ignorancia. Olvidados



quedan los dioses crueles que exigían sacrificios rituales para saciar su hambre o sentirse contentos, o aquellos que convivían hacinados en un mismo lugar controlando a su caprichoso antojo los reinos y seres a los que gobernaban. Tal vez, hayan dejado de ser tan crueles porque el ser humano en su evolución, ha dejado atrás ese instinto de crueldad que le motivaba lo oculto y desconocido; y tal vez, ya no sean tantos porque el ser humano en su evolución ha visto ilógico personalizar en tantas deidades su existencia. Y mantengo el “*Tal vez*” para no caer en el atrevimiento de afirmar que las mitologías pretéritas eran únicamente producto del imaginario popular.

El imaginario popular ha demostrado en repetidas ocasiones su predisposición a la solución fácil y sin esfuerzo. Durante años mantuvo la convicción sobre las maldiciones faraónicas (*la más famosa la de Tutankamón*), con las que se justificaban con inmediatez las repentinas muertes de los que abrían su sarcófago, antes de recurrir al esfuerzo analítico de barajar hipótesis más fundamentadas, como que tal vez las sustancias embalsamadoras maceradas durante siglos y encerradas herméticamente en su sarcófago se podían haber vuelto tóxicas, resultando mortales para quienes las respirasen. O plantearse la siempre inasumible consecuencia de lo injustificable, de ese azar del mundo cuántico, por el que realmente se trataban de muertes casuales, sin más motivo añadido. De ahí, a atribuir a entes superiores de otros planetas la construcción de pirámides cuyo proceso constructivo resultaba hasta hace poco inexplicable, o la negación rotunda a la existencia de seres que obligarían a replantearse los conceptos asimilados, como los dragones legendarios, cuya descripción podría responder a determinados saurios con aletas dorsales parecidas a las alas para captar la energía del sol, que incluyesen en su dieta alguna sustancia que mezclada con sus gases intestinales le hiciesen eructar alguna sustancia caustica al contacto con la piel, como es el caso del escarabajo bombardero, aún presente entre nosotros. El restó no sería más que el imaginario popular habría exagerado a estos seres, como siempre exagera para mayor atractivo de historias y leyendas, como el tiempo ha acabado demostrando que sucedió con el Kraken.

Y no es que haya llegado en este punto a un desvarío argumental, sino a la forma que he considerado más ilustrativa para plantear que todo el misticismo humano parte en su esencia de razonamientos científicos, inexplicables o distorsionados. Pero el problema actual es que los razonamientos científicos empiezan a resultar inasumibles.



Una década actual equivale a un siglo (*si no a varios*) de épocas pretéritas, puesto que a la velocidad con la que avanza la ciencia en las últimas décadas provoca una obsolescencia que impide asimilar la dinámica realidad de nuestro sistema social a tiempo presente. Porque el presente dura tan poco que cuando intentamos asimilar su sustancia es obsoleta. Es el *régimen de sustituciones rápidas* de Paul Valéry. La vigencia de las cosas dura apenas un instante, porque el concepto de futuro a largo plazo ha sido devorado tanto en su perspectiva económica como social, imponiendo el concepto del corto plazo, inasumible la realidad de un presente que ya es pasado cuando lo analizamos.

La informática, las telecomunicaciones y los medios visuales de ocio, nos proyectan su evolución con tal rapidez, que nos impiden asimilar la transición con la que lo sólo atribuible a la imaginación comienza a convertirse en realidad. Además de la relativa certeza de los razonamientos científicos, que por muy bien fundamentados y asentados que queden en su momento, les surgen intestinamente y con el tiempo contradicciones y correcciones que dejan en entredicho su realidad, relegando a lo erróneo lo aprendido y hasta entonces convencido. Ante esta sucesión incesante de caducidades científicas a la que se enfrenta el ser humano, debe asumir que la única conclusión cierta es que difícilmente nadie nunca puede estar seguro de saber algo con certeza. Y entonces es cuando tendría cabida la deducción de que si el místico irreflexivo puede resultarle un absurdo a la mente científica, lo científicamente demostrable y fundamentado es tan relativo y débil como la más absurda de las creencias.

Entonces, la pregunta real es precisamente qué es lo real. ¿Qué entender por realidad, en su verdad indiscutible? Desde la perspectiva mística no se plantea una respuesta concreta y concisa a esta cuestión, otorgándole un sentido más amplio y existencial que el científicamente asumido.

Pilato preguntó a Jesucristo “¿*Qué es la verdad?*”, sin ni siquiera esperar la respuesta, como si fuese consciente de que nadie podría dársela.

Pilato le preguntó: "¿Qué es la verdad?" Al decir esto, salió nuevamente a donde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ningún motivo para condenarlo.

Evangelio según San Juan 18: 38



Tampoco el sabio hindú, que durante cincuenta años fue incapaz de encontrar la verdad, obtuvo respuesta cuando desafió a Buda a discutir sobre la verdad, y éste advirtiéndole de su incapacidad para comprender la respuesta, le invitó a convivir con él en absoluto silencio durante dos años, al cabo de los cuales le contestará a esa y a cualquier pregunta que quisiera hacerle. Y cuando se cumplieron los dos años, y Buda le invitó a hacerle la pregunta, el sabio no preguntó nada, pues se conocía lo suficiente como para comprenderlo todo.

En el interés por conocer el auténtico concepto de verdad, estribaría la posibilidad de discernir entre lo cierto y lógico, entre lo irreal y absurdo. Porque la verdad en la que se basa el ser humano es mutable en el tiempo, transformable de un momento a otro, relegando a lo incierto todos los posibles razonamientos fundados y defendidos hasta ese momento. Porque, incluso en lo etéreo e indemostrado, muta la verdad. Lo originariamente atribuido a una raza de dioses, cambió a una familia humana tocada por la gracia de un dios omnipotente. Y lo que en una cultura responde a un Dios, en otras corresponde a un Dios distinto de casi idéntica esencia. La asunción de “verdad” como una concepción personal de cada uno, sin posibilidad de que teorías espiritualistas o científicas pretendan unificar el concepto de “verdad” en todos los seres humanos. Cada ser humano experimentará su correspondiente “verdad” en base a sus convicciones y sentidos, sin cabida a que se tache de absurdo e ilógico. La mente reconoce la “verdad” en base a lo que conoce, a lo que ha vivido desde el nacimiento de su paulatina impronta, y sobre todo, a lo que quiere realmente creer. Tal vez a ello responda la sentencia de: «*Conoced la verdad y ella os hará libres*». Porque conociendo la verdad de cada uno, sabremos realmente lo que somos y lo que pensamos. Y así, por más que surjan teorías dogmáticas, corrientes espirituales, razonamientos metafísicos, o conocimientos científicos demostrados, cada ser humano seguirá esgrimiendo su potestad de la verdad desde la respetabilidad que le confiere un desarrollo intelectual equilibrado, madurado en unas u otras convicciones.

Y de la concepción de realidad surge de la percepción del concepto. Según interprete nuestro fuero interno un concepto, así será la conclusión de realidad que asumiremos. Es el motivo que justifica que ante un mismo concepto, puedan surgir diferentes concepciones de realidades. La asimilación de un concepto se hace desde la base adquirida de la idiosincrasia ya formada de una persona. No se interpreta un concepto desde la inmaculada espontaneidad de la nada, sino que tal como se asiste a un



hecho, se le atribuyen los conceptos ya existentes en el fuero interno para su mejor asimilación. De tal manera, que para que un ser humano pueda aceptar como una realidad cuanto suceda antes sus ojos, lo interpretará adaptándolo a los conceptos de su lógica y conocimiento. Es muy difícil que una mente asimile un concepto surgido de lo nuevo, porque no se tiene una capacidad de predisposición a lo desconocido, resultándole mucho más fácil y lógico buscar una asociación rápida a lo ya conocido. Y ya sea recurriendo a esa gran parcela de misticismo temeroso, o a la complicadísima tarea de su interpretación lógica y científica mediante teorías y cálculos que permitan explicar su existencia en base a lo ya demostrado, nada de lo que acontezca se planteará interpretarlo como algo nuevo, en su concepto limpio y puro, es decir, surgido de la nada. Porque la mente se niega a admitir su incapacidad por dilucidar lo que ignora, así que instintivamente busca solucionar esa ignorancia basándose en conceptos que conoce y que puede encajar con lo que ignora, de manera, que carente o no de explicación, si habrá sido aceptado en su comprensión. Esa necesidad inconsciente de eliminar los vacíos de la ignorancia, infiriendo a cada concepto los elementos que permitan darle constancia, es lo que marca su percepción como realidad.

Pero, incluso conociendo cada concepto de una realidad, ¿podemos llegar a conocerla plenamente?

Por ejemplo, tenemos clara la realidad del cuerpo humano. Totalmente comprendido en su funcionamiento, y conocido cada uno de los elementos que lo compone. ¿Qué marca entonces la diferencia de una capacidad intelectual con otra? Si supiésemos el motivo y causa por el que hay personas con una capacidad de lógica y comprensión muy superior a la media, se conseguiría incentivar dicha facultad para todos los seres humanos. Si se conociese la realidad del cuerpo humano, se tendría respuesta a porqué hay quien anda sobre brasas ardientes sin inmutarse, o cómo se atraviesan algunos carne y piel sin sangrar. Porque aun conociendo cada elemento del cuerpo humano, resulta inexplicable su realidad. Y es seguramente en este conocimiento al detalle del cuerpo humano, del absoluto conocimiento de cada uno de sus órganos y funcionamiento, donde se nos escapa la realidad del mismo. Tal vez debiéramos asumir que, por más conocimiento que tengamos del mismo, por más científicamente demostrado que esté que todo funciona en base a una lógica y a unas leyes naturales, existen en estas propias leyes de la naturaleza realidades que escapan actualmente a nuestra capacidad de asimilación. Tal vez por ello, asumida la imposibilidad de que la



lógica científica puede explicar realidades, fuera de su mera capacidad para asociarla o describirlas en base a lo que se conoce y se cree, debiera entenderse que esta parcela de desconocimiento es motivo suficiente para respetar que lo fundado e infundado, lo razonadamente lógico y lo incomprensiblemente ilógico, tienen la misma cabida en el mundo de la concepción de realidades. Tal vez, debamos asumir que una realidad no debe responder siempre a la réplica perfecta de una demostración. Tal vez, una realidad únicamente responderá siempre a la capacidad interpretativa de cada sujeto.

¿Cómo puede entonces saberse nada con certeza?

La Física Cuántica surge para explicar lo que aún nos es inexplicable mediante la física clásica newtoniana, aunque en sí genera mayor incertidumbre al plantearse como un entorno donde el verdadero azar es posible y las múltiples posibilidades coexisten simultáneamente. Las partículas subatómicas pueden encontrarse en más de un sitio a la vez, dos partículas en extremos opuestos de un universo pueden compartir información al instante, el mero hecho de observar un fenómeno cuántico puede modificarlo radicalmente. Se entiende por qué el físico y premio Nobel Richard Feynman advirtió sobre la imposibilidad de hacerse una imagen intuitiva de los fenómenos cuánticos, aunque estos son reales y permiten hacer posibles muchos elementos reales.

No obstante, la investigación desde la Física Cuántica comienza a extenderse sobre los diferentes ámbitos de conocimiento. La biología cuántica, por poner un ejemplo, surge para intentar comprender realmente unos procedimientos biológicos tan naturales en nuestro entorno como la fotosíntesis y la magnetorecepción. Más allá de sus concepciones básicas, con la que la física clásica es capaz de explicarnos cómo las plantas sintetizan la luz del sol para obtener su energía, o que hay animales anatómicamente capaces de captar los campos magnéticos de su entorno, pero que no nos permiten comprender realmente el fenómeno en su concepción absoluta. Si llegásemos a comprender realmente en qué consisten y cómo se desarrollan ambos fenómenos, lograríamos idénticos resultados, consiguiendo células fotovoltaicas capaces de convertir en energía el 98% de la luz del sol captada, tal y como sucede con las plantas, superando ese 20% máximo al que las placas solares se ven limitadas y que la ingeniería humana sigue sin poder superar. La explicación por tanto de que en estos fenómenos se originen desde una posible computación cuántica, imperceptible para la física clásica pero cuyos resultados le quedan reflejados de manera innegable, lleva a la



indiscutible conclusión de la necesidad de entender la dimensión cuántica como un entorno de investigación del que se pueden obtener mejoras innegables en todos los campos del conocimiento.

3. Asimilación y reflexión

Desconozco cuales son los elementos reales que advertía Richard Feynman se hacían realidad mediante los fenómenos cuánticos, pero asumo como tal el de las relaciones humanas.

La interrelación humana se desarrolla desde el campo energético de las emociones, causando desde la empatía inmediata a los rechazos instintivos dentro del entorno social propio de cada individuo. Esta percepción individual del entorno es la que deriva en comportamientos motivadores o de rechazo que actúan a efectos cuánticos sobre la realidad presente en cada momento. La habilidad para percibir el entorno, conectar con cuanto nos rodea, y asimilar comprendiendo la información y las emociones, supone el pilar básico para la concepción de una conciencia motivadora y una estabilidad emocional.

Para la física cuántica observar es transformar, y la transformación educativa y su vinculación a la física cuántica empieza por convertir al alumno en protagonista activo de su propia realidad, incidir en su realidad de manera activa potenciando sus cualidades personales y profesionales, y consiguiendo de esta manera la consecución de su libertad. Supone que el profesor al observar a sus alumnos les brinda la oportunidad de participar activamente en la construcción de su realidad, ya que al sentirse observados se confiere mayor participación con el docente en la relación enseñanza y aprendizaje. Es la confluencia de energías en constante interrelación cuya dinámica informacional permite interpretar la realidad material. Ninguna realidad debe ser menos rígida y establecida que la de la educación, puesto que desde la base de un conocimiento asentado debe transmitirse la necesidad de interpretarla con la única certeza de encontrarle sentido desde la interpretación propia y la participación activa.

Porque según la física cuántica la realidad se crea desde el momento en que se decide medir sus propiedades, y la observación construye una realidad que puede materializarse a voluntad del actor. Entiende que toda materia es energía que está confinada o limitada, y esta no se encuentra en un estado estático o fijo, sino en un



estado dinámico y en constante vibración; por lo tanto nuestro cerebro y nuestro cuerpo, como componentes materiales, son energía en movimiento continuo, que los podemos interpretar como procesos energéticos. Lo que llevado al campo de la educación, nos hace interpretar que nuestra realidad cotidiana no responde a que lo real es algo fijo y controlable, sino posible y circunstancial.

A este planteamiento de motivación e interrelación ha de acogerse cualquier nuevo modelo educativo propuesto. Repensar la dualidad inexistente en la actualidad entre profesor y alumnos, con las que se impide que dirijan sus conciencias hacia los valores morales universales necesarios. Porque, qué duda cabe, que tal como nos transmite la obra y resulta evidente, la educación ha quedado anquilosada, incapaz de adaptarse a estos últimos tiempos convulsos en constante evolución.



De mi experiencia educativa como alumno, he afianzado la convicción de que la educación se ha de fundamentar desde la necesidad de inculcar la enseñanza autodidacta, fundamentada en la reflexión de cuanto se aprende, y reforzada mediante los valores positivos para la convivencia en sociedad.

Las sucesivas reformas educativas impuestas en mi país, lejos de pretender facilitar la evolución necesaria, han sumido al profesorado en cambios de paso que entorpecen su natural marcha formativa, y a los alumnos en la convicción de que las intenciones de estas reformas no respondían realmente al deseo de una mejor formación. El proceso de convergencia iniciado tras la *Declaración de Bolonia (conocido como Plan Bolonia)*, con el que se planteaba adaptar y unificar los criterios educativos a nivel europeo, mejorando la calidad y transformando al alumno de agente pasivo a activo. Pero he sido testigo del caos que ha supuesto la implantación de este sistema en la universidad en la que terminé mi carrera a edad ya madura. Una transacción totalmente contraria en la práctica a la teoría planteada, en la que los profesores se veían desbordados por tener que compatibilizar los alumnos de los nuevos grados con los que tenían pendiente terminar sus diplomaturas y licenciaturas. Alumnos a los que adaptarse al grado para terminar su carrera les suponían un elevadísimo coste por el aumento de créditos, y que se veían abocados a terminar la carrera estudiando sin apoyo las asignaturas pendientes, por no tener derecho a tutorías al estar su plan de enseñanza



extinto, y conocer de los temas y libros a estudiar por concisas referencias en las webs de los correspondientes departamentos.

Es por tanto la única mira de esta reforma educativa la educación para la más inmediata incorporación laboral, abierta a un espacio más amplio de oportunidades. Pero el fin de presentar una reforma conforme al criterio de crear un espacio común educativo desde el que los alumnos no encuentren fronteras para su adaptación laboral, convierte las universidades en centros formativos del mercado laboral, obviando el papel fundamental de formación y desarrollo personal que las universidades han de ocupar en toda sociedad evolucionada.

La educación es mucho más que formar para satisfacer la perspectiva mercantilista. Obliga a configurar una pedagogía capaz de adaptar constantemente el marco de la enseñanza a la práctica conceptual del momento, centrada siempre mediante un sistema capaz de interrelacionar la conciencia individual del profesor con la colectiva de sus alumnos. Formar mediante teorías desactualizadas, o desde enfoques mercantilistas, impiden la verdadera formación de los alumnos y pervierte el sentido del aprendizaje. El proceso educativo requiere de un dinamismo constante, en permanente evolución y transformación, sin rigidez en sus elementos que imposibiliten la construcción dinámica de los pensamientos necesarios para asimilar la realidad existente en cada momento.

Introducir en la relación intrínseca profesor-alumno la física cuántica, es decir, unificar lo intangible pero profundo de la interrelación humana con el materialismo superfluo del saber científico, puede otorgar esa mejora necesaria en el proceso de enseñanza y aprendizaje que optimice el desarrollo personal y potencial de los alumnos, despertándoles del letargo en el que una sociedad dogmatizada y sometida aboca su existencia, incapaces de encontrar el verdadero sentido de su ser.

La física cuántica se sustenta en la incertidumbre de que todo es posible, indistintamente a que pueda explicarse o incluso observarse, aportando la perspectiva de que las cosas suceden incluso aunque nosotros no las percibamos, por lo que cuando un alumno está postrado en su silla con aire indolente, lo que realmente está es reclamando la información con la que se estimule su aprendizaje. De esta manera, gracias a la realidad de la incertidumbre cuántica, se aprenderá a percibir y utilizar el orden latente del caos aparente. Para ratificarse, Amador Martos nos recuerda como el ser humano



durante toda su existencia ha tomado el camino místico o el camino científico, y que en la necesidad de superar el entorno hostil del neoliberalismo actual, propone que la revisión científica-filosófica y la filosofía transpersonal enriquecerían al misticismo cuántico. Porque el camino tomado por la razón hacia el ámbito de la espiritualidad, debe seguirse desde el ámbito de la educación, y así encontrar su paradigma cuántico, adecuado sin miedo a afrontar el quebrantamiento de los fundamentos sólidos ya asentados. La rigidez del materialismo científico no puede obtener pedagógicamente más logros, vencida ante el pragmatismo utilitarista actual y la nueva concepción hiperrealista del mundo que han abocado en una crisis moral y social, tan sólo afrontable desde lo etéreo de una educación cuántica.

La educación cuántica, nos transmite la necesidad de reformular el actual modelo educativo, anquilosado en lo inútil para estos tiempos que corren, abriendo la expectativa de una nueva senda de formación intelectual que se adapte a las necesidades educativas actuales. La educación impartida desde una sociedad no puede responder únicamente al deseo de formación específica con la que encontrar una salida profesional, rentabilizando lo antes posible el tiempo empleado. Toda educación ha de plantearse desde la formación completa de cada uno de los individuos que compone la sociedad, a fin de conseguir la mejor de las sociedades. La necesidad de que cada individuo eduque su elocuencia, su don de gentes e inteligencia emocional, y su adaptabilidad a los cambios constantes que evolutivamente se suceden, son valores sin lo que ningún individuo puede afrontar la verdadera consciencia de su ser.

La ventaja de analizar todo conocimiento desde la perspectiva cuántica, es que se alimenta la expectativa liberadora de que nada está predeterminado, y que innegablemente lo que vemos es lo que es, pero que lo que no vemos también es, porque la realidad del entorno que nos rodea se origina desde una mecánica aleatoria, en la que la verdad de todo responde únicamente a la certeza de su incertidumbre.

Al fin y al cabo, lo que hace poco nos parecía ilógico e irrealizable es ya una realidad en otros sectores de la sociedad.

Nota del autor

La composición de todas las imágenes utilizadas se han conseguido mediante la combinación y modificación de imágenes disponibles en Internet, sin más fin para las mismas que el de ilustrar los contenidos de este trabajo.